

"Juan el Bautista"

Sal. 126; 1 Ts. 5:12-24; Jn. 1:6-8, 19-28.

Hohenau,
Jesús, Cap.
Miranda.**1. Juan el Bautista: tipo de Cristo, los apóstoles, pastores y maestros de la Iglesia**

6 Hubo un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. 7 Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. 8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Juan el Bautista, o Juan Bautista, como se le conoce, era hijo de Elizabeth o Isabel, y de Zacarías. Isabel era prima de la virgen María, por lo que Juan Bautista y Jesucristo era parientes según la carne. Juan fue "un hombre enviado de Dios". Que Dios envía significa que Juan viene con una autoridad divina. No es de su propia voluntad que él sale a predicar y bautizar. Lo hace porque Dios lo llamó y lo envió para eso.

Juan el Bautista es el último de los profetas del Antiguo Testamento, y está profetizado su envío de parte de Dios al final del libro de Malaquías 4:5-6: "He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible. 6 El hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres". Se refiere Dios a Juan como "el profeta Elías". No piense nadie que Dios se refiere aquí a una especie de reencarnación de Elías, como apareciendo en una próxima vida en la apariencia de Juan el Bautista. En verdad, Malaquías habla de que Juan Bautista será un hombre enviado por Dios similar al profeta Elías, o sea, con el mismo espíritu y el mismo temor y amor a Dios y su santa Palabra como lo tuvo el profeta Elías.

Al mismo tiempo, Juan el Bautista es un tipo de Cristo, de los apóstoles, y de los pastores y maestros en la Iglesia. Porque la palabra enviar en griego es "apostelo", y suena a nuestros oídos muy parecido a la palabra "apóstol", un enviado de Dios. Hoy día se habla mucho de supuestos apóstoles y profetas, o mejor dicho, de ciertas personas que se hacen llamar de "profeta" y de "apóstol". Déjenme decirles que, sea que se llamen apóstoles, profetas, evangelistas, pastores o maestros, todos estos nombres no tienen nada que ver con puestos de autoridad, a manera de una pirámide donde la punta es el apóstol, más abajo están los profetas, y más abajo están los evangelistas, y en la base de la pirámide los pastores y maestros. Déjenme decirles que esto no es así. Cuando el apóstol Pablo habla en Efesios 4:11 (Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros), no se refiere aquí a una jerarquía, colocados en forma de pirámide, sino a una actividad, a un servicio, a un oficio especial que Dios entregó a su iglesia en la tierra, y que se llama el Oficio de las Llaves del Reino de los Cielos, conocido también como Ministerio de la Palabra de Dios. Estos supuestos nuevos apóstoles y profetas son falsos, porque no enviados por Dios, aunque ellos sostengan que sí lo son. Y son profetas falsos porque su mensaje es falso. Jesús ya dijo en Mt 7:16: "Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?". El fruto que sale de la boca es la doctrina, o la enseñanza. Si lo que se enseña es falsa doctrina (el fruto), se reconoce fácilmente que el tal profeta o apóstol es falso también (la planta), no importa cuán espectacular sea su ministerio o cuánto renombre o fama tenga. Por el otro lado, si lo que se enseña es sana doctrina (el fruto), se reconoce a su vez que el tal pastor o maestro es sano y verdadero también (la planta). ¿Ven que importante es reconocer mediante el fruto, o sea, mediante la enseñanza que sale de la boca, si tal persona es enviada por Dios, o si en verdad está siendo enviada por el diablo mismo? Pero los luteranos a veces no suelen reconocer la sana y verdadera doctrina de la falsa doctrina. Y muchas veces ni siquiera saben correctamente cómo confesar su fe, porque pararon de estudiar la palabra de Dios, no han seguido la catequesis que se les enseñó, no realizaron el culto familiar en sus casas, ni vinieron a los cultos, ni menos aún desearon aprender. Que Dios, nuestro Señor, tenga piedad de nosotros, los luteranos, porque no hemos valorado ni dado gracias a Dios suficientemente por la sana doctrina evangélica depositada en nuestras manos, para alabanza y gloria de Dios, y para la predicación del evangelio a todas las personas. En su lugar, hemos tapado la doctrina y dejado de confesarla, como si fuera una cosa de poco valor. Cada uno piense, en este tiempo de Adviento, lo que ha hecho con el regalo precioso del evangelio, lo que hemos hecho con las llaves de la ley y del evangelio. ¿No será una señal de alerta, de parte de Dios, cuando surgen falsos apóstoles y profetas, a estar mejor preparados en cuanto a doctrina, para poder confesar correctamente nuestra fe? ¿No será una señal de alerta, de parte de Dios, cuando surgen falsos apóstoles y profetas, a valorar más y mejor a los pastores y maestros de nuestra propia iglesia, parroquia y congregación?

Porque a veces siento que hasta los mismos luteranos, en lugar de apreciar y valorar a su propio pastor, andar por ahí como queriendo aprender algo nuevo, algo más interesante que el evangelio, algo que me haga sentir más a Dios que el propio Gottesdienst o culto que aquí se celebra domingo tras domingo. ¡Oh hermanos, en este tiempo de Adviento, Dios nos invita a valorar más y mejor a los pastores y maestros enviados por Dios, a los cuales Dios en persona llamó para esta congregación y parroquia a través de ustedes! ¡Ustedes llamaron a sus pastores y maestros, no otros, y los llamaron para aprender así la palabra de Dios! Pero si la propia congregación o parroquia no los valora, no los aprecia como un don de Dios, el cual Dios envió para predicarles la sana doctrina, ¿qué sucederá? Dice “El Tercer Mandamiento: Santifica el día de reposo. *¿Qué significa esto?* Debemos temer y amar a Dios y por lo tanto no tener en poco la predicación y su Palabra; mas debemos tenerla por santa, y oírla y aprenderla de buena gana” (Lutero, Catecismo Menor, Tercer Mandamiento).

Porque, precisamente para esto fue llamado y enviado de parte de Dios el pastor a esta parroquia y congregación, dice así san Juan: 7 “Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él. 8 No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz”. Juan Bautista, los apóstoles del Nuevo Testamento, los pastores y maestros, no son puestos por Dios para ser el centro de atención, sino como dice aquí: “para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él”. La luz es Cristo, su Palabra y sacramentos. Esta es la luz con la cual el Espíritu Santo “llama, congrega, ilumina y santifica a toda la cristiandad en la tierra, y la conserva en Jesucristo en la única verdadera fe” (Catecismo Menor, Credo, Tercer Artículo). Es Cristo, su Palabra y sacramentos del Bautismo y de la Santa Cena la luz, la gloria y motivo de orgullo de esta congregación e iglesia. Pero, ¿es realmente esto así? Y nosotros, los pastores y maestros, como siervos de esta Luz, somos simples instrumentos en las manos del Señor, simples servidores. Sin embargo, por cuanto damos testimonio de la Luz, y somos alumbrados por ella, recibimos el reconocimiento del Señor, por cuanto nos ha llamado a ejercer públicamente el Ministerio de la Palabra, y es importante también de parte de la iglesia valorar y cuidar a estos servidores, para que no desmayen. Ahora pasemos a ver qué clase de testimonio dio Juan a los judíos cuando vinieron a interrogarle:

2. Yo no soy el Cristo

19 Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le preguntasen: ¿Tú, quién eres? 20 Confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo.

En primer lugar, Juan Bautista reconoce su función de instrumento en las manos del Señor. Él no es el Cristo. O sea, no es un anticristo, es decir, uno que se hace pasar por Cristo, sin ser Cristo. Y dice que él “confesó, y no negó, sino confesó: Yo no soy el Cristo”. Esta confesión de Juan Bautista está llena de humildad y de fe. De humildad, porque no tuvo miedo de decir: “Yo no soy tan grande como a ustedes les parece, soy apenas un servidor de Cristo. No se imagen que soy el Salvador de la Iglesia, apenas abro mi boca para confesar a Cristo”. Y también está llena de fe, porque dos veces seguidas el apóstol Juan cuenta que “confesó... confesó”. Se trata de la confesión de fe. La confesión de fe de la iglesia cristiana de todos los tiempos está resumida en los Credos: Credo Apostólico, Credo Niceno, Credo de Atanasio. La confesionalidad de la iglesia es un tema más actual que nunca. Es decir, lo que enseña y confiesa la iglesia luterana. Las Confesiones Luteranas están compiladas en lo que se llama como “Libro de Concordia” del año 1580.

“La Iglesia Luterana tiene diez credos y confesiones mediante los cuales declaramos lo que creemos: Los Credos Ecuménicos o Universales, aceptados por las iglesias cristianas en todo el mundo: 1. El Credo Apostólico; 2. El Credo Niceno-Constantinopolitano (381 d.C.); 3. El Credo de Atanasio (siglo VI d.C.). Además de estos, la Iglesia Evangélica Luterana acepta las siguientes confesiones: 1. La Confesión de Augsburgo (1530); 2. La Apología de la Confesión de Augsburgo (1531); 3. Los Artículos de Esmalcalda (1537); 4. Tratado Sobre el Poder y la Primacía del Papa (1537); 5. El Catecismo Menor de Lutero (1529); 6. El Catecismo Mayor de Lutero (1529); 7. La Fórmula de Concordia (1577). Estos Credos y Confesiones fueron publicados juntos en el **Libro de Concordia**, impreso por vez primera en 1580” (IELPA, Catecismo Menor, apéndice, p. 159).

3. Enderezad el camino del Señor

Lo que quiero decir, hermanos, que es la iglesia luterana ha de ser una iglesia confesante, una iglesia que enseña la sana doctrina de la Palabra de Dios a todas las personas. El valor de la catequesis en las Escrituras es muy alto como para que la dejemos

de lado. La catequesis, o enseñanza, o instrucción, no es apenas la acumulación de conocimientos teóricos, sino la encarnación en la propia vida, en la propia experiencia diaria, de esta doctrina. Nuestra meta como cristianos es ajustar nuestra vida a la sana doctrina, y no al revés: querer ajustar la doctrina a nuestras prácticas idolátricas y paganas, para así darles una apariencia cristiana. Por ejemplo, cuando la Biblia habla con toda claridad que de “hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Ti. 2:5), y vemos gente por ahí pidiéndole a María o a algún santo, o inclusive a los ángeles y extraterrestres, o vaya saber uno a qué espíritu chocarrero se invoca ahí, tal como en la tabla de la *uija*, o cuando vamos al brujo, o al mago sanador, ¿acaso no es esto pecado contra el Primer Mandamiento, que dice: No tendrás otros dioses delante de Mí, dice el Señor? ¿Acaso no es esto pisotear la sangre del Hijo de Dios y buscarse otros mediadores entre Dios y los hombres? ¿Acaso no es esto retorno al paganismo? ¿Acaso somos tan brutos como cristianos, de renunciar al evangelio de Cristo para seguir otros evangelios más acordes con nuestro sentir y razón? Por eso, diré como Juan el Bautista, citando a Isaías: **“Yo soy la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor” (Jn. 1:23)**. ¡Enderecen sus vidas hermanos, y no sean como los ateas, que por decir “Ya no creo en Dios”, han terminado haciendo de ellos mismos su propio Dios! ¡Que la ira de Dios no los alcance con su fuego amenazador, el fuego eterno preparado para todos los incrédulos y los que se niegan obedecer los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo!

4. en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis

Juan Bautista dio este testimonio también: **“Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis. 27 Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado.”** La humildad y la fe de Juan el Bautista son extraordinarias, dignas de nuestra admiración. Por eso Cristo mismo dijo de él: “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista” (Mt. 11:11a). Una humildad y una fe que los fariseos no tienen, y que solo aparentan tener. Por eso Juan les dice: **“Yo bautizo con agua; mas en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis”**. Aquí conocer es sinónimo de FE. Juan les dice: “El Mesías verdadero está en medio de ustedes, y la señal es que yo bautizo en agua, pero aun así ustedes no quieren reconocer los signos de los tiempos. En las Escrituras, no conocer a Cristo es igual a no tener FE en él. Como dijo el centurión al pie de la cruz: “Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (Mc. 15:39). Por eso el Bautismo para la iglesia cristiana, y para los luteranos también, es tan importante. El sacramento del Bautismo derrama sobre mí la redención obtenida por Cristo con su muerte en la cruz. El rescate que Cristo logró por mí en la cruz, al salvarme de la condenación del pecado, del poder del diablo y de la muerte eterna, ese beneficio llega hoy a mí a través del Bautismo. De tal manera que el Bautismo es el nuevo nacimiento del agua y del Espíritu Santo. El Bautismo es una señal viva y permanente de Cristo en medio nuestro. A ello se agregan las otras señales exteriores, que son la palabra de Dios predicada por pastores y maestros en toda su pureza, en forma de ley y de evangelio, la absolución, la santa cena, la oración comunitaria y de alabanza, y la santa cruz. Esta son las marcas externas mediante las cuales se reconoce: “Ahí está Cristo y su iglesia”, o bien, “Ahí no está Cristo, ni el Espíritu Santo, ni la iglesia cristiana”.

5. Yo no soy digno de desatar la correa del calzado

Finalmente, Juan confiesa su fe con estas palabras: **“Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado” (Jn. 1:27)**. Dios quiera que siempre podamos colocarnos delante de Dios y confesar la fe en Cristo, tal como lo hizo Juan el Bautista. Con toda humildad y fe, seguro de donde viene y de cuál es su misión, no se incomoda frente a los incrédulos fariseos, que vienen para hacerle callar, cuestionándole en todo. Y Juan, con toda humildad y fe, no se enoja, no se incomoda, sino que ve en ello la oportunidad de confesar la fe en su Salvador Jesucristo, de esta manera: “Viene después de mí”, o sea, Juan anuncia que Cristo está por comenzar su ministerio en Galilea; y agrega “el que es antes que yo”, es decir, que Cristo tiene origen divino, él es el Dios encarnado, el que nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, y que ha venido desde el cielo a salvarnos del diablo y del pecado. Y Juan termina diciendo: “del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado”, en otras palabras, “mi Señor Jesucristo es tan grande para mí, de tanto valor, que yo me considero indigno de haber sido llamado por él para predicar y bautizar”. Así también sucede con el verdadero

cristiano, cuando reconoce profundamente el amor de Dios: Señor, “*¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?*” (Sal. 8:4).

Cuando reconocemos profundamente el amor de Dios, cuando dejamos que Dios nos hable, nos diga la verdad de lo que en verdad somos, unos pobres y miserables pecadores, y lo perdidos que estamos sin Él, y reconocemos esto, y al mismo tiempo, a pesar de esto, confiamos en su Palabra que nos dice que Cristo ha pagado por todos mis pecados en la cruz del calvario, que ha muerto por mí, en mi lugar, que ha soportado el castigo y la ira de Dios por amor a mí, que vivió una vida santa y perfecta por mí, y que su sangre derramada por mí logró el pago, el rescate por todos mis pecados y deudas ante Dios, y no solo de mí sino de todas las personas del mundo, cuando llegamos a reconocer esto, no nos queda más que doblar nuestras rodillas a Dios y confesar nuestra sincera gratitud a Dios, en humildad y fe: “Señor Jesús, yo no soy digno de desatar la correa de tu calzado”, pero te agradezco que me hayas llamado mediante el Bautismo a ser parte de tu reino sempiterno, a ser un hijo y miembro de la familia de Dios, la iglesia, te agradezco por ser mi amigo y Redentor. Te doy gracias por la salvación recibida, que no merecí, pero que me das como un regalo, por tu gracia y tu amor. Encomiendo mi vida en tus manos, y dirígeme para seguir tu buena voluntad, en una vida nueva que te sirva solo ti, mi amado Señor. Amén.